



EL INTÉRPRETE

Juan José Saer

EL INTÉRPRETE

Juan José Saer



Duración:
8'20"

Ahora me paseo por la orilla del mar, sobre una arena más lisa y más amarilla que el fuego. Cuando me paro y miro para atrás veo la guarda entrecruzada de mis pasos que atraviesa intrincadamente la playa y viene a terminar justo bajo mis pies. El borde blanco, intermitente, de espuma blanca, separa la extensión amarilla de la playa de la celeste del mar. Si miro el horizonte, me parece que empezaré a ver, otra vez, los barcos carniceros avanzando desde el mar hacia la costa, puntos negros primero, filigranas llenas de coladuras más tarde, y, por último cascos panzones sosteniendo las velas y una selva de palos y de cables deslizándose rígida hacia adelante y mostrando de un modo gradual la fiebre de una muchedumbre de hombres activos. Cuando los vi, cerré los ojos porque sus pechos de piedra cintilaban, y el rumor del metal y de las voces ásperas me dejó sordo por un momento. Me avergoncé de nuestras ciudades toscas y humildes y comprendí que no eran nada ni el oro ni las esmeraldas de Ataliba (que ellos pulverizaban a martillazos buscando la pepita, como se hace con una nuez), ni los grandes corredores pavimentados y amurallados de plata, ni nuestros calendarios de piedra, inmensos, ni la guarda imperial que reaparece, una y otra vez, en las fachadas, en la vestimenta de la corte y en los cacharros. Vi fluir desde el mar un chorro desplegado de gloria y abundancia. Los carniceros tocaron con una cruz la frente del niño que yo era, me dieron un nombre nuevo, Felipillo, y después, lentamente, me enseñaron su lengua.

La vislumbre, gradual, y hacia mí, Felipillo, las palabras avanzaron desde un horizonte en el que estaban todas empastadas, encimadas unas sobre las otras para ser, otra vez, como los barcos, puntos negros, filigranas de hierro negro, y por fin una selva de cruces, signos, palos y cables desagregándose de un grumo hirviente como hormigas despavoridas de un hormiguero. Entonces dejé de ser la criatura desnuda en cuyos ojos destelló el metal de las armaduras y en cuyos oídos resonó por primera vez el estruendo de las velas, y empecé a ser Filipillo, el hombre dotado de una lengua doble, como la de las víboras. De mi boca sale ya la bendición, ya el veneno, ya la palabra antigua con que mi madre me llamaba al atardecer, entre las fogatas y el humo y el olor a comida que flotaba en las calles de la ciudad rojiza, ya esos sonidos que repercuten en mí como en un pozo seco y sin fondo. Entre las palabras que la voz le arranca a la sangre y las palabras aprendidas que la boca come ávida de la mesa de los otros, mi vida se balancea sin parar y traza una parábola que a veces borra la línea de demarcación. Me siento como atravesando una región en la que hay zonas diurnas y nocturnas, alternadamente, como el gallo que canta a deshora, como el bufón que improvisaba para Ataliba, entre la risa de la corte, una canción que no estaba hecha de palabras sino únicamente de ruido.

Cuando los carniceros juzgaron a Ataliba, yo fui el intérprete. Las palabras pasaban por mí como pasa la voz del Dios por el sacerdote antes de llegar al pueblo. Yo fui la línea de blancura, inestable, agitada, que separó los dos ejércitos formidables, como la franja de espuma separa la arena amarilla del mar; y mi cuerpo el telar afiebrado donde se tejió el destino de una muchedumbre con la aguja doble de mi lengua. Las palabras salían como flechas y se clavaban en mí resonando. ¿Entendí lo mismo que me dijeron? ¿Devolví lo mismo que recibí? Cuando mis ojos, durante el juicio, se clavaban en las tetas azules de la mujer de Ataliba, tetas a las que la ausencia de la mano de Ataliba permitiría, tal vez, la visita de mis dedos ávidos, ¿la turbación desfiguraba el sentido de las palabras que resonaban en el recinto inmóvil? De una cosa estoy seguro: de que mi lengua fue como la bandeja doble sobre cuyos platos elásticos se asentaban cómodamente la mentira y la conspiración. Sentí el estruendo de los dos ejércitos, como dos mares que se juntan, el mar de la sangre y el agua negra del mar extranjero y ahora, en el atardecer, camino por la playa, un hombre viejo encorvado bajo la bóveda de voces enemigas que se extiende interminable sobre mis ruinas comidas por la selva.

No morí con los que murieron cuando proferí la sentencia, como un chorro de agua que se sorbe, se gargariza y después se escupe, pero tampoco vivo la vida feroz de los carniceros cuyas voces el viento me trae de noche, cuando me acuesto en la selva.

Cuando los carniceros empezaron a construir su ciudad, hicieron una pared gruesa de adobe y la pintaron de blanco. Pero una parte se desmoronó y la abandonaron. Quedó esa pared blanca en medio de un campo pelado, y a mediodía destella la luz sobre la superficie blanca que la intemperie ha mellado. A veces me siento en el suelo y la miro, durante horas. Pienso que la lengua carnícera es para mí como esa pared, compacta, inútil y sin significado y que me engegece cuando la luz rebota contra su cara estragada y árida. Una pared para arañar hasta que sangren los dedos o para chocar contra ella, sin una casa atrás a la que entrar para que nos defienda su sombra. No soy más que un indio viejo que vaga por la selva en silencio, entre las ruinas, y ya no suena para mí, al atardecer, la voz de mi madre llamándome al hogar por entre las fogatas y el humo y el olor a comida que flotaba en las calles de una ciudad rojiza escalonada hacia el cielo. ■

En: *Cuentos Completos - (1957/2000)*, Seix Barral, 2006.

EL INTÉRPRETE

Juan José Saer

BREVE RESEÑA PARA EL DOCENTE

Un indio latinoamericano ya añoso se recuerda a sí mismo viendo por primera vez las carabelas de los conquistadores españoles en el horizonte marino, cuando desembarcan, cuando lo rebautizan Felipillo, le enseñan su lengua, la que ordena, y lo convierten en una suerte de lenguaraz, traductor oficial de los invasores. Su voz es el ida y vuelta, el vehículo de acusaciones y respuestas, es la sentencia condenatoria con que los conquistadores juzgan a Ataliba, el jefe de su pueblo. Felipillo, el indio confundido en el tumulto de las dos lenguas en conflicto, despoja a sus únicos dueños, a su estirpe, de las tierras americanas que los vieron nacer.

PRESENTACIÓN DEL CUENTO A LOS ESTUDIANTES

Un indio mirando el mar recuerda la llegada de los conquistadores españoles, cuando lo rebautizan Felipillo, le enseñan su lengua, y lo convierten en el traductor de los invasores. Y prestando su voz de algún modo traiciona a los suyos, hace lugar a la lengua de los poderosos y dicta la sentencia de muerte a Ataliba, el jefe de su pueblo.

DATOS SOBRE EL AUTOR

Juan José Saer, narrador, poeta, ensayista y docente, nació en 1937 en Serodino, provincia de Santa Fe, un pueblo rural próximo al río Paraná y al Puerto Gaboto donde tuvo lugar la primera fundación española en la Argentina. Sus padres, sirios, originarios de Damasco, emigraron luego de la caída del

Imperio Otomano. Tenían un almacén de ramos generales. En su infancia pueblerina andaba a caballo, tomaba leche al pie de la vaca, pescaba, gozaba del silencio de la llanura. El río tendrá un lugar central en su vida y en su narrativa. Solía decir que Faulkner y el río Mississippi lo marcaron en su escritura como lo marcó el Paraná, la llanura, los animales, la conversación con los vecinos, las casas de patios grandes. En 1949 se trasladó con su familia a la ciudad de Santa Fe, donde vivió hasta 1962, año en que se muda a Colastiné Norte. Fue un lector precoz y empezó a escribir relatos a los trece años. Por esa época una maestra le corregía en sus composiciones el exceso de comas, indicio, tal vez, de la respiración musical de su fraseo. Cursó el profesorado en Letras. Enseñó Historia del Cine y Estética en la Universidad Nacional del Litoral. La marca del cine estará presente en su obra. En 1968 viajó a Francia gracias a una beca y en lugar de seis meses se quedó casi cuarenta años, hasta su muerte. Además de su importante narrativa reflexionó con hondura sobre el fenómeno literario: *La novela es sólo un género literario; la narración, un modo de relación del hombre con el mundo... Ser narrador exige una enorme capacidad de disponibilidad, de incertidumbre y de abandono... Todos los narradores viven en la misma patria: la espesa selva virgen de lo real. Escribir es sondear y reunir briznas o astillas de experiencia y de memoria para armar una imagen.* Música, intriga mínima, fuerza poética, descripción minuciosa, repetición incesante, juegos de la percepción para capturar lo real son la materia de sus creaciones. Vivía en París, cerca del río Sena, pero Colastiné y su lengua, su geografía, su gente, su infancia ocuparon el centro de su obra. Siempre escribió en español. Dijo de él Le Monde: *Saer ha leído todas las literaturas, escuchado todas las músicas, debatido todos los filósofos... las aguas mezcladas del Río de la Plata arrastran un feliz e inimitable discurso que fluye entre las orillas de todas las culturas.*

Sus libros de cuentos: *En la zona* (1960); *Palo y hueso* (1965). *Unidad de Lugar* (1967) fue, para Piglia, su gran libro de relatos, un libro de culto que cambió la forma del cuento después de Jorge Luis Borges; *La mayor* (1976), *Lugar* (2000). Sus novelas: *Responso* (1964), *La vuelta completa* (1966), *Cicatrices* (1969), *El limonero real* (1974), empezada en Argentina y terminada en Francia, uno de los textos fundamentales de su obra, y junto a *Cicatrices*, *Nadie nada nunca* (1980), *La mayor* y *Glosa* son el núcleo fuerte de su narrativa; *El entonado* (1983), *Glosa* (1985), *La ocasión* (1986, Premio Nadal), *Lo imborrable* (1992), *La pesquisa* (1994), *Las nubes* (1997); *La grande* (2005), póstuma e inconclusa, cuyo nombre fue tomado de La gran fuga de Beethoven y de la Sinfonía Nº 9 de Schubert. Sus ensayos: *Narraciones* (1983), *Juan José Saer por Juan José Saer* (1986), *Para una literatura sin atributos* (1988), conjunto de artículos y conferencias publicada en Francia, *El río sin orillas* (1991), *El concepto de ficción* (1997). En *El arte de narrar* (1977), combina poesía

y narración. Publicó, entre otros medios, en las prestigiosas revistas francesas *Tiempos modernos* y *Magazine Littéraire*. Ha sido traducido al francés, inglés, alemán, italiano y portugués.

Entre las distinciones que recibió se destacan el Premio “France Culture 2002”, otorgado al mejor autor extranjero, el Premio Nadal 1986, el Premio Unione Latina di Letterature Romanze 2004, Premios Konex Diploma al Mérito y Konex de Platino (2004).

Se jubiló como profesor en el año 2002. Murió en 2005 en París, cuando estaba por concluir *La Grande*.



ENLACES

Entrevistas a Saer Canal Encuentro

http://www.encuentro.gov.ar/sitios/encuentro/programas/ver?rec_id=101895

Los siete locos

<https://www.youtube.com/watch?v=W8xb7haRIOU>

Horacio González

<http://www.fernandopeirone.com.ar/Lote/nro010/saer10.htm>

<http://www.pagina12.com.ar/diario/cultura/7-11164-2002-10-08.html>

